



www.loqueleo.com

© 2008, Edna Iturralde

© De esta edición:

2017, Santillana S. A.

Calle de las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-806-8

Derechos de autor: 029959

Depósito legal: 004159

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Agosto 2008

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Junio 2017

Séptima reimpresión en Santillana Ecuador: Junio 2017

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Paola Karolys y Gabriel Karolys

Diagramación: María Isabel Castellanos

Supervisión editorial: Mauricio Montenegro

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

El cóndor, el héroe y una historia de independencia

Edna Iturralde



loqueleo

Dedicatoria

*A todos los niños y niñas
de mi patria amada, Ecuador,
y en especial a mis hijos, hijas, nietos y nietas*

*Al cóndor ecuatoriano que representa
nuestros ideales de libertad*

Agradecimiento

*A Fernando Jurado Noboa, Segundo Moreno Yáñez,
José Antonio Gómez Iturralde, Oswaldo Orbe Cortez,
director general de la Biblioteca de la Pontificia
Universidad Católica del Ecuador, padre Julián Bravo
Santillán, director de la Biblioteca Aurelio Espinosa
Pólit, por su gentileza al guiarme en mis investigaciones*

*A Gloria Gangotena de Montúfar,
Carlos y Juan Montúfar-Barba
y los amigos que me permitieron
ver sus archivos personales*

*A Fernando Revilla,
por su cariño a mi patria*

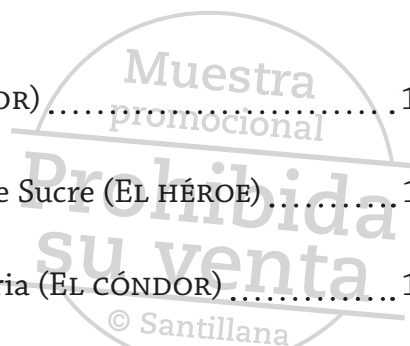
*Y a Bruce Kernan, mi esposo,
por su apoyo incondicional*



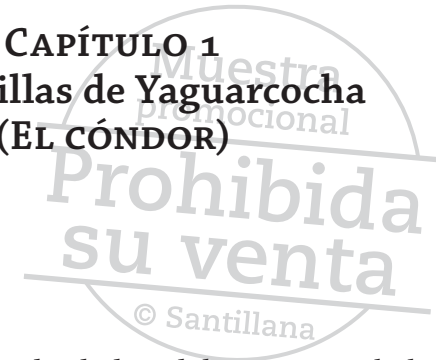
CAPÍTULO 1	
A las orillas de Yaguarcocha (EL CÓNDOR)	13
CAPÍTULO 2	
La batalla de El Panecillo (EL HÉROE)	18
CAPÍTULO 3	
Cantule (EL CÓNDOR)	27
CAPÍTULO 4	
De regreso a Quito (EL HÉROE)	34
CAPÍTULO 5	
Bolívar y San Martín (EL CÓNDOR)	40
CAPÍTULO 6	
La batalla de Ibarra (EL HÉROE)	45
CAPÍTULO 7	
Reunión y noticias (EL CÓNDOR)	53
CAPÍTULO 8	
Voces en el cementerio (EL HÉROE)	58
CAPÍTULO 9	
Otro cóndor y una Constitución (EL CÓNDOR)	65

CAPÍTULO 10	
Huida en la noche (EL HÉROE)	69
CAPÍTULO 11	
Reyes y cifras (EL CÓNDOR)	77
CAPÍTULO 12	
En Riobamba (EL HÉROE)	83
CAPÍTULO 13	
Un beso por coincidencia (EL CÓNDOR)	89
CAPÍTULO 14	
Se prepara un viaje (EL HÉROE)	95
CAPÍTULO 15	
Guillermo Brown, el pirata (EL CÓNDOR)	100
CAPÍTULO 16	
Una boda (EL HÉROE)	107
CAPÍTULO 17	
Un intento frustrado (EL CÓNDOR)	112
CAPÍTULO 18	
Aumenta la familia (EL HÉROE)	119
CAPÍTULO 19	
Un glorioso nueve de octubre (EL CÓNDOR)	131
CAPÍTULO 20	
Tres estrellas sobre cielo y mar (EL HÉROE)	138
CAPÍTULO 21	
De vuelta a la guerra (EL CÓNDOR)	144
CAPÍTULO 22	
Después de la batalla (EL HÉROE)	151

CAPÍTULO 23	
Un novio (EL CÓNDOR)	156
CAPÍTULO 24	
Con Antonio José de Sucre (EL HÉROE)	162
CAPÍTULO 25	
La campaña libertaria (EL CÓNDOR)	168
CAPÍTULO 26	
Una historia de independencia (EL HÉROE)	174
CAPÍTULO 27	
¡Salve, oh Patria! (EL CÓNDOR)	183
Bibliografía	191
Biografía	193
Cuaderno de actividades	195



CAPÍTULO 1
A las orillas de Yaguarcocha
(EL CÓNDOR)



13

Volé con lentitud alrededor del monte Imbabura. Primero por el declive donde el viento esculpió en la roca la cara de un varón, después por la cima donde está la figura rocosa de una mujer acostada. El viejo volcán representa la fuerza de mis hijos e hijas que dominaron estas tierras, los imbayas¹.

Me dirigí a Yaguarcocha, la 'laguna de sangre'. Habían transcurrido trescientos sesenta años desde que sus aguas se tiñeron de rojo durante la última batalla de los imbayas contra la invasión inca.

Volé despacio. Sentía temor de lo que allí encontraría. Pero no quería ser débil.

¡Yo soy Cóndor Mayor! ¡El rey! ¡El rey de las aves!

De nuevo, las orillas de la laguna estaban manchadas con la sangre de mis hijos, los patriotas qui-teños, en su lucha contra el ejército español.

¡Yo soy Cóndor Mayor! ¡El padre!

¹ Etnia de los otavalos.

Lloré porque el dolor no reconoce a los reyes.

Los patriotas lucharon con valentía hasta caer derrotados, junto a la laguna, por el ejército realista del coronel Sámano, el cruel. Ese fue el desenlace, luego de dos años de rebelión, del Primer Grito de Independencia que dieron mis hijos, los patriotas quiteños, el diez de agosto de mil ochocientos nueve.

14 Me dirigí al Cotopaxi, el volcán activo más alto del mundo, llevando la triste noticia a los caballos libres del páramo. Cielo-del-Atardecer², hijo de Estrella-en-la-Frente y Corre-como-el-Viento, relinchó con furia.

Continué mi vuelo hasta la cima del volcán Pichincha. Me llegó el silencio de la ciudad incrustada en sus faldas. Un silencio desconocido, ajeno a Quito, la ciudad insurgente y rebelde.

Grazné con fuerza y respondieron los perros con sus aullidos. Reconocí el de Rogrón, el perro del farolero³, que lamentaba la muerte de su amo, el espía que trabajó para la causa revolucionaria; quería hablar conmigo. Bajé a la quebrada de Jerusalén para encontrarlo.

² Personaje de *El caballo, la rosa y una historia de rebelión* de Edna Iturralde, colección Historias del Bicentenario.

³ Personaje de *El perro, el farolero y una historia de libertad* de Edna Iturralde, colección Historias del Bicentenario.

—Saludos, Cóndor Mayor —gimió el perro, que cojeaba de una pata—. Me dispararon. El general Toribio Montes tomó la ciudad por asalto —gimió con pesar—. Los soldados españoles rompieron las puertas y las ventanas de las casas, las saquearon y robaron cuanto pudieron, sin importarles si pertenecía a los rebeldes o a los realistas. Los perros defendimos a nuestros amos mordiendo a los asaltantes. Los gatos formaron un pelotón de emergencia y cayeron sobre los soldados desde los techos. —Rogrón jadeó con la lengua afuera—. Aleluya, la gata del obispo José Cuero y Caicedo, se interpuso entre su amo y una bala asesina y le salvó la vida. Este predicaba la paz y el orden por las calles. Nunca pensé que los mininos fueran tan valientes. Quisiera poder decírselo a la señorita Pelusa, pero ella ya se encuentra en el cielo de los gatos —aulló el perro cerrando los ojos.

Recordé a la señorita Pelusa, la gata que pertenecía a Eugenio de Santa Cruz y Espejo, quien comenzó con las ideas libertarias a través de sus escritos.

De pronto, sentí una presencia detrás de mí. Eran dos ratas de la sección de enfermería. Las ratas criollas, miembros de la Sociedad de Amigos Conspiradores Plan L, habían perseguido, dos años atrás, a las ratas francesas que llegaron a la Real Audiencia

de Quito, y las obligaron a marcharse en los barcos de regreso a Europa. Las ratas francesas habían sido enviadas por José Bonaparte, o Pepe Botella, usurpador del trono del rey español Fernando VII.

La más grande y gorda se acercó a husmear el hocico de Rogrón.

16 —Creo que llegamos muy tarde. —Se paró en dos patas—. Este perro está muerto.

—Me parece que tiene una muela podrida. Respira. Solamente está desmayado —contradijo la otra rata, aproximándose a olerlo.

Pregunté si podrían ayudarlo. El perro me parecía simpático y sabía que era valiente.

—Sí podemos, con el método Mor-co —aseguró la rata gorda.

—Olvidaste el *dis* —le recordó la otra.

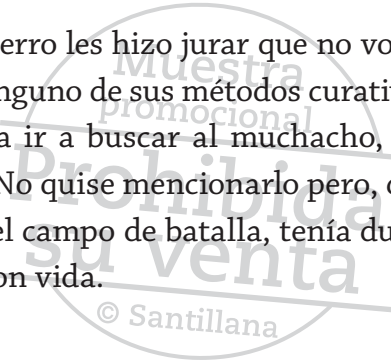
Las ratas mordieron la cola de Rogrón hasta que aulló recuperando el conocimiento. Entonces se felicitaron mutuamente por su método para curar desmayos.

—Vicente, busquen a Vicente, el sobrino del farolero —gimió Rogrón—. Se encuentra en algún lugar de Ibarra, luchando contra el ejército español.

Las ratas se negaron a buscarlo, quejándose de que, apenas se acercaban a cualquier humano, estos las perseguían con saña. Lo que ofrecieron fue que-

darse a cuidarlo. El perro les hizo jurar que no volverían a tratarlo con ninguno de sus métodos curativos.

Yo me ofrecí para ir a buscar al muchacho, por ser el más indicado. No quise mencionarlo pero, después de haber visto el campo de batalla, tenía dudas de hallar a Vicente con vida.



CAPÍTULO 2

La batalla de El Panecillo (EL HÉROE)

18 El héroe nació en todos y cada uno de los lugares de esta patria. Nació en los barrios de San Roque y San Marcos, en la ciudad de Quito; en el barrio de Las Peñas y las calles de Posorja, en el puerto de Guayaquil; en las playas de Manabí y de Esmeraldas; frente a la plaza principal de Latacunga, de Machachi, de Ambato, de Guaranda, de Riobamba, de Alausí, de Gualaceo; en un barrio de Cuenca, de Ibarra y de Loja; en las villas, los pueblos y las ciudades, a lo largo y ancho del territorio de la Real Audiencia de Quito.

Por sus venas corría sangre indígena, africana y española, rematada con la de piratas ingleses y holandeses. Este héroe era uno y eran todos, y todos hacían uno. Se llamaba Vicente. No tenía apellido, porque para ser un héroe basta con un nombre, aunque a veces ni eso sirve, ya que la Historia no siempre tiene buena memoria.

Vicente trabajaba en Quito con su tío, el farolero. Tenía doce años cuando ocurrió el Primer Grito de la

Independencia. Era un muchacho valiente porque podía vencer el miedo cuando lo perseguía. Era bueno. Es decir, cuando hacía algo incorrecto, su conciencia no lo dejaba en paz.

El héroe era humano.

Vicente se despidió de su tío un día lunes, a finales del año mil ochocientos doce, cuando cumplió quince años, para unirse al ejército del coronel Carlos Montúfar, quien en esos momentos iba a Ibarra.

En la ciudad de Quito se había producido un enfrentamiento que se recordaría como la batalla de El Panecillo, un cerro originalmente llamado Yavirac en el antiguo idioma de los primeros pobladores de la milenaria Quito. El nombre fue cambiado a El Panecillo, no por su parecido con un pan de trigo, sino con el pan de azúcar, que era el jugo de la caña cristalizado dentro de un recipiente cónico de metal y que, al desmoldarse, se veía como un cono o una colina puntiaguda.

Al saber del inminente ataque del general español Toribio Montes desde el sur, denominado Pacificación de Quito, los habitantes se prepararon e improvisaron el armamento. En la hacienda de los Obrajes de Chillo, del marqués de Selva Alegre, instalaron una fundición para pequeños cañones pedreros (lanzadores de piedras). El bronce lo obtuvieron hasta de las campanas de los templos y el reloj que se encontraba en la torre de

19

la iglesia de la Concepción. De esta manera fabricaron veinticuatro cañones. También, el ingenio quiteño se las arregló para fabricar granadas boleras de bronce, llenas de aristas y sostenidas por cuerdas. Los cartuchos para los fusiles los manufacturaban en talleres caseiros, utilizando cilindros de papel engomado rellenos de pólvora con un perdigón de plomo, de los tinteros⁴ que derritieron. Llegaron a inventar cohetes voladores parecidos a los utilizados en los juegos pirotécnicos, pero que llevaban garfios. En esta defensa participaron hombres, mujeres, ancianos y hasta niños y niñas, quienes fabricaron por quintales balas de barro endurecido, y alistaron catapultas y bolsos llenos de piedras puntiagudas.

Así se prepararon para recibir a un ejército entrenado y dotado de las más modernas armas de aquella época.

Las tropas de los rebeldes, comandadas por el coronel Carlos Montúfar, situaron los cañones en sitios claves como Chimbacalle y los barrios de entrada a la ciudad: San Diego y San Sebastián. Montaron barricadas en todas las bocacalles y armaron cañones en el pretil de la Merced, alrededor de El Panecillo y en su cumbre.

⁴ En esa época los tinteros eran de plomo.

Las más entusiastas en defender su cerro, El Panecillo, fueron las mujeres artilleras, que con sus hijos se situaron en la cima.

A pesar de la valiente defensa, el ejército español entró a la ciudad. Tras una lucha encarnizada, subió por la ladera más empinada de El Panecillo. Las mujeres presentaron batalla pero al final tuvieron que huir sin poder recoger a sus muertas y heridas. El general Toribio Montes, con su ejército en parte desbaratado, se adueñó de El Panecillo, con el grave problema de la falta de agua y víveres; no se atrevía a bajar, porque le esperaba una población enfurecida.

Desgraciadamente, los criollos realistas de la ciudad regaron un rumor equivocado, que provocó que Carlos Montúfar saliera con el grueso de su ejército hacia Ibarra.

Curiosamente, no era ese el único ejército rebelde que se encontraba en aquella ciudad. También se estaba organizando otro, liderado por el coronel Francisco Calderón. Tanto en Ibarra como en Biblián, volvió a surgir la discordia entre los sanchistas, bajo los órdenes del coronel Francisco Calderón, líder del ejército formado por el marqués de Villa Orellana, Jacinto Sánchez, y los montufaristas, seguidores del coronel Carlos Montúfar, hijo del marqués de Selva Alegre.